



VI

Viajó.

Conoció la melancolía de los transportes, el frío despertar bajo una tienda, el aturdimiento de los paisajes y de las ruinas, la amargura de las simpatías interrumpidas.

Volvió.

Frecuentó la sociedad, tuvo otros amores nuevos. Pero el recuerdo continuado del primero, se los hacía insípidos; y además, la vehemencia del deseo, la flor misma de la sensación estaba perdida. Sus ambiciones intelectuales habían disminuído igualmente. Pasaron algunos años, y soportaba la ociosidad de su inteligencia y la miseria de su corazón.

Hacia fines de Marzo de 1867, á la caída de

la noche, estando sólo en su gabinete, entró una mujer.

—¡La señora de Arnoux!

—¡Federico!

Cogióle ella de las manos, le atrajo dulcemente hacia la ventana y sin dejar de mirarle, repetía:

—¡Es él, sí, es él!

En la penumbra del crepúsculo, no percibía él más que sus ojos bajo el velillo de encaje negro que cubría su rostro.

Cuando hubo depositado en el borde de la chimenea una carterita de terciopelo granate, sentóse. Permanecieron ambos sin poder hablar sonriéndose uno á otro. Por fin, dirigióle él multitud de preguntas sobre ella y sobre su marido.

Vivían en el fondo de Bretaña, económicamente, y para pagar sus deudas. Arnoux, casi siempre enfermo, parecía ya un viejo. Su hija casó en Burdeos, y su hijo se hallaba de guarnición en Mostaganem. A seguida levantó ella la cabeza y dijo:

—Pero le veo á usted y soy dichosa.

El no dejó de decirle que á la noticia de su catástrofe había acudido á su casa.

—Lo sabía.

—¿Cómo? Le había visto en el patio y se cultó.

—¿Por qué?

Entonces con voz emocionada y con largos intervalos entre sus palabras, dijo:

—Tenía miedo. Sí... miedo de usted, de mí.

Aquella revelación le produjo como una sensación de voluptuosidad. Su corazón palpitaba fuertemente; ella añadió:

—Perdóneme usted si no he venido antes. Y designando la carterita granate cubierta de palmas de oro: «La he bordado para usted expresamente. Contiene aquella suma á que debían responder los terrenos de Belleville.

Federico le agradeció el recuerdo, sintiendo que se hubiera molestado.

—No, no he venido por eso. Deseaba esta visita, después me volveré... allá.

Y le habló del sitio en que habitaba. Era una casa baja, de un solo piso, con un jardín lleno de enorme box y una doble avenida de castaños que cubrían hasta la cima de una colina desde donde se veía el mar.

—Voy á sentarme allí, en un banco que he llamado el banco de Federico.

Después se puso á mirar los muebles, los *bibelots*, los cuadros, ávidamente, para conservar todo en su memoria. El retrato de la Mariscalá estaba medio tapado por una cortina. Pero los dorados y los blancos, que se destacaban en las tinieblas, la llamaron la atención.

—Me parece que conozco á esa mujer.

—Imposible—dijo Federico.—Es una pintura italiana antigua.

Confesó ella que deseaba dar una vuelta por las calles, de su brazo, y salieron.

Las luces de las tiendas iluminaban, por intervalos, su pálido perfil; la sombra les envolvía nuevamente; y en medio de los carruajes, de la gente y del ruido, iban sin distraerse de ellos mismos, sin oír nada, como los que van juntos por el campo, sobre un lecho de hojas muertas.

Volvieron á contarse sus días pasados, las comidas de tiempos del *Arte Industrial*, las manías de Arnoux, su manera de estirar las puntas del cuello postizo, de aplastar el cosmético en los bigotes, otras cosas más íntimas y más profundas. ¡Qué encanto sintió él la primera vez, oyéndola cantar! ¡Qué bella estaba el día de su santo, en Saint-Cloud! Le recordó el jardinito de Auteuil, las noches de teatro, un encuentro en el bulevar, antiguos criados, su negra.

Admirábase ella de su memoria. Sin embargo, le dijo:

—Algunas veces, las palabras de usted llegan hasta mí como eco lejano, como el sonido de una campana arrastrada por el viento; y me parece que está usted allí, cuando leo pasajes de amor en los libros.

— Todo lo que en ellos se censura como exa-

jerado, me lo ha hecho usted sentir—dijo Federico.—Comprendo los Werther que no gustan de los dulces de Carlota.

—¡Pobre amigo querido!—Y empezó, añadiendo, después de un prolongado silencio:

—No importa; nos hemos amado mucho.

—¡Sin pertenecernos, sin embargo!

—Quizás valga eso más—contestó ella.

—No, no. ¡Qué felices hubiéramos sido!

—¡Oh! ya lo creo, con un amor como el de usted.

Y debía ser muy grande para durar después de tan larga separación. Federico le preguntó cómo lo había descubierto.

—Fué una noche que me besó usted la muñeca entre el guante y la manga. Y me dije: «Pero me ama... me ama.» Tenía miedo de asegurarme, sin embargo. ¡La reserva de usted era tan encantadora que gozaba con ella como homenaje involuntario y constante!

De nada se quejaba él; sus sufrimientos de otro tiempo quedaban pagados.

Cuando entraron en casa, la señora de Arnoux se quitó el sombrero. La lámpara colocada sobre una consola, alumbró sus cabellos blancos. Aquello fué un golpe en medio del pecho. Para ocultarle aquella decepción, se echó en el suelo á sus piés, y cogiendo sus manos se puso á decirle ternezas.

—La persona de usted, sus menores movimientos me parecían tener en el mundo una importancia sobrehumana. Mi corazón, saltaba como polvo á los pasos de usted. Me producía usted el efecto de un rayo de luna en noche de estío, cuando todo es perfumes, dulces sombras, blancuras, infinito; y las delicias de la carne y del alma se hallaban contenidas para mí en su nombre de usted, que me repetía procurando besarlo con mis labios. No imaginaba un más allá. Era la señora de Arnoux tal como era usted, con sus dos hijos, tierna, seria, linda hasta deslumbrar ¡y tan buena! Esa imagen borraba las demás; ni siquiera pensaba en ellas, puesto que yo tenía en el fondo la música de la voz y el esplendor de los ojos de usted.

Aceptaba ella con encanto aquellas adoraciones para la mujer que ya no era ella. Federico, embriagándose con sus palabras, llegaba á creer lo que decía. La señora de Arnoux, con la espalda vuelta á la luz, se inclinaba hacia él, que sentía sobre su frente la caricia de su aliento, y á través de sus vestidos el indeciso contacto de todo su cuerpo.

Sus manos se estrecharon; la punta de su bata se veía un poco por debajo del traje, y le dijo casi desfallecido:

—La vista del pie me perturba.

Un movimiento pudoroso la hizo levantarse.

Después, inmóvil y con la singular entonación de los sonámbulos, añadió:

—¡A mi edad! ¡é! ¡Federico!... Ninguna mujer ha sido jamás amada como yo. No, no, ¿para qué sirve ser joven? Me burlo de eso, las desprecio, á todas esas que vienen aquí.

—¡Oh! Aquí no viene nadie—contestó complacientemente

Su rostro se dilató, y quiso saber si se casaría. Juró que no.

—¿De veras? ¿por qué?

—Por usted—dijo Federico estrechándola en sus brazos.

En ellos permaneció, con el cuerpo hacia atrás, la boca entreabierta, los ojos alzados. De repente le rechazó con un aire de desesperación; y como él le suplicara que correspondiera, le dijo bajando la voz:

—Hubiera querido hacer á usted feliz.

Federico sospechó que la señora de Arnoux había venido para ofrecerse, y se sintió cogido por un afán más fuerte que nunca, furioso, rabioso. Sin embargo experimentaba algo inexplicable, una repulsión, y como el horror de un incesto. Otro temor le detuvo, el de un disgusto futuro. Además ¿qué obstáculo sería aquello! y á la vez por prudencia y para no degradar su ideal, dió media vuelta y se puso á liar un cigarrillo. Contemplábale ella maravillada.

—¡Qué delicado es usted! ¡No hay otro como usted, no hay otro!

Dieron las once.

—¡Ya!— dijo,—al cuarto, me iré.

Volvió á sentarse; pero observaba el reloj ella y él continuaba paseando y fumando. Ambos no encontraban ya nada que decirse. Hay un momento en las separaciones, en el que la persona amada no está ya con nosotros.

Por fin la aguja pasó veinticinco minutos y cogió su sombrero por las cintas lentamente.

—Adiós, amigo mío, querido amigo. Ya no volveré á ver á usted. Era esta mi última visita de mujer. Mi alma no le abandonará..

Que todas las bendiciones del cielo sean con usted. Y le besó en la frente como una madre. Pero pareció que buscaba algo y le pidió unas tijeras. Deshizo su peinado, todos sus cabellos blancos cayeron y se cortó de raíz, brutalmente, un gran mechón.

—Consérvelos usted, adiós.

Cuando salió, Federico abrió su ventana, la señora de Arnoux, en la acera, llamó un coche que pasaba, subió y desapareció, y eso fué todo.



VII

A principios de aquel invierno, Federico y Deslauriers hablaban en el rincón del fuego, reconciliados una vez más, por el fatalismo de su naturaleza que les obligaba á reunirse siempre, y amarse.

El uno explicaba sucintamente su ruptura con la señora de Dambreuse, que había vuelto á casarse con un inglés. El otro, sin decir cómo fué su matrimonio con la señorita Roque, contaba que su mujer, un hermoso día, se había escapado con un cantante. Para lavarse un poco de aquel ridículo se había comprometido en su Gobierno por exceso de celo gubernamental, y le habían destituido. Después fué jefe de colonización en Argelia, secretario de un bajá, gerente de un periódico, corredor de

de anuncios, para concluir, empleado de lo contencioso en una compañía industrial.

En cuanto á Federico, habiéndose comido las dos terceras partes de su fortuna, vivía modestamente.

Después se informaron mutuamente de sus amigos.

Martinon era ahora senador.

Hussonet ocupaba un alto cargo, donde tenía á su disposición todos los teatros y toda la prensa.

Cisy, metido en la religión y padre de ocho hijos, habitaba el castillo de sus abuelos.

Pellerin, después de haber caído en el furrierismo, la homeopatía, las mesas giratorias, el arte gótico y la pintura humanitaria, se hizo fotógrafo, y sobre todas las paredes de París se le veía representado de frac negro con un cuerpo minúsculo y una cabeza gorda.

—¿Y tu íntimo Sénecal?—preguntó Federico.

—Desapareció: no sé. ¿Y tu gran pasión, la señora de Arnoux?

—Debe de estar en Roma con su hijo, teniente de cazadores.

—¿Y su marido?

—Murió el año pasado.

—Calla—dijo el abogado. Y después, dándose un golpe en la frente, añadió:

—A propósito, el otro día, en una tienda, he

encontrado á aquella buena Mariscala, llevando de la mano á un muchachito que ha adoptado. Es viuda de un tal Oudry, y muy gorda ahora. ¡Qué decadencia! ¡Ella que antes tenía una cintura tan delgada!

Deslauriers no ocultó que se aprovechó de su desesperación para asegurarse de ese detalle por sí mismo. «Como tú, además, me lo habías permitido...»

Aquella confesión era una compensación al silencio que guardaba respecto de su tentativa cerca de la señora de Arnoux, que Federico le hubiera perdonado, puesto que no la logró.

Aunque un poco mortificado con el descubrimiento, hizo como que se reía; y la idea de la Mariscala le recordó á la Vatnaz. Deslauriers no la había visto jamás, como tampoco á otras muchas que iban á casa de Arnoux; pero se acordaba perfectamente de Regimbart.

—¿Vive aún?

—A penas. Todas las noches, regularmente, desde la calle de Grammont hasta la calle Montmartre, se arrastra por delante de los cafés, debilitado, doblado, vacío, un espectro.

—¿Y Compain?

Federico lanzó una exclamación de alegría, y rogó al exdelegado del Gobierno provisional que le explicara el misterio de la cabeza de vaca.

—Esa es una importación inglesa. Para parodiar la ceremonia que los realistas celebran el 30 de Enero, los independientes fundan un banquete anual en que se comían cabezas de vaca y en que se bebía vino tinto en craneos de vaca brindando por el exterminio de los Estuardos. Después de *Thermidor* los terroristas organizaron una cofradía enteramente semejante, lo que prueba que la tontería es fecunda.

—Me pareces muy tranquilo en la cosa política.

—Efecto de la edad—dijo el abogado.

Y resumían su vida; que ambos habían disipado: el que soñó con el amor y el que soñó con el poder. ¿Cuál era la causa?

—Quizás sea la falta de línea recta—expuso Federico.

—Para tí, quizás. Yo, por el contrario, he pecado por exceso de rectitud, sin tener en cuenta mil cosas secundarias, más fuertes que todo. Yo he tenido demasiada lógica; tú demasiado sentimiento.

Y acusaron á la casualidad, á las circunstancias, á la época en que nacieron.

Federico añadió:—«No era esto lo que pensábamos en Sens, cuando tú en aquel tiempo querías hacer una historia crítica de la Filosofía y yo una gran novela estilo Edad Media sobre Nogent, cuyo asunto encontré en Froissard: «De

cómo los Sres. Brokars de Fenestranges y el obispo de Troyes asaltaron al Sr. Eustaquio d'Ambrecicourt», ¿te acuerdas?

Y al exhumar su juventud, á cada frase se decían: «¿Te acuerdas?

Volvían á representarse el patio del colegio, la capilla, el locutorio, la sala de armas al pié de la escalera, figuras de peones y discípulos, uno llamado Angelmarre, de Versalles, que se cortaba trabillas de las botas viejas, el Sr. Mirbal y sus patillas rojas, los dos profesores de dibujo lineal y del gran dibujo, Varaud y Suriret, siempre disputando, y el Polaco, el compatriota de Copérnico, con su sistema planetario de cartón, astrónomo ambulante, cuya sesión se había pagado con una comida en el refectorio; después una terrible francachela en paseo; las primeras pipas que fumaron; las distribuciones de premios; la alegría de las vacaciones.

Fué en las de 1837 cuando estuvieron en casa de la Turca.

Llamaban así á una mujer cuyo verdadero nombre era Zoraida Turc; y muchas personas la creían una musulmana, una Turca, cosa que aumentaba la poesía de su establecimiento, situado á orillas del agua, detrás de la muralla; hasta en pleno estío había sombra alrededor de su casa, que se conocía por una vasija de peces encarnados junto á un tiesto de reseda sobre

una ventana. Señoritas de camisola blanca, con pómulos enharinados y largos pendientes, golpeaban los cristales cuando por allí se pasaba, y á la noche en el dintel de la puerta cantaban bajito con ronca voz.

Aquel sitio de perdición proyectaba en todo el distrito un escándalo fantástico; designándole por medio de perifrasis: «El sitio que usted sabe, una cierta calle, debajo de los Puentes.» Las labradoras del contorno lo temían por sus criadas; porque la cocinera del señor subgobernador había sido sorprendida allí; y era claro, la secreta obsesión de los adolescentes...

Pues bien, un domingo, durante las vísperas, Federico y Deslauriers que se habían dado cita yrizado previamente, cogieron flores en el jardín de la señora de Moreau, salieron á los campos, y después de un gran rodeo por las viñas volvieron por la Pêcherie y se deslizaron en casa de la Turca.

Federico presentó su ramo como un enamorado á su novia; pero el calor que hacía, la aprensión de lo desconocido, una especie de remordimiento, y hasta el placer de ver de una sola ojeada tantas mujeres á su disposición, le conmovieron de tal modo, que se puso muy pálido y permaneció quieto y sin decir nada. Todas reían, contentas por su confusión; creyendo que se burlaban de él, escapó; y como Federico

tenía el dinero, Deslauriers se vió obligado á seguirle. Se les vió salir y se hizo una historia no olvidada en tres años. Contáronsela prolijamente, completando cada uno los recuerdos del otro, y cuando acabaron:

—Esta es la mejor que hemos tenido—dijo Federico.

—Sí, quizás sea la mejor que hemos tenido—repuso Deslauriers.

FIN